

Juan Bosco comienza a ser Don Bosco

La concreción de un deseo

Cuentan las Memorias Biográficas que cuando en noviembre de 1831 Juan Bosco, muchacho de 16 años, se puso en camino hacia Chieri para iniciar allí sus estudios de bachillerato, lo acompañó un amigo suyo de la misma edad: Juan Filippello. Mientras caminaban, Bosco contaba al compañero muchas cosas que había aprendido en la escuela, en la iglesia y en la vida, todo salpicado de oportunas reflexiones.

Tras dos horas de andar, se sentaron a descansar un poco, y Bosco seguía contando. A un cierto punto, Filippello lo interrumpió: “¿Vas a estudiar y ya sabes tantas cosas? ¡Pronto llegarás a ser párroco!” Juan Bosco le respondió prontamente: “¿Párroco? No, querido Filippello, yo no seré párroco. Voy a estudiar porque quiero consagrar mi vida a los muchachos”.

Desde muy pequeño, Juanito Bosco quería ser sacerdote. Mientras la vaca pastaba, leía y leía. A los amiguitos que lo invitaban a dejar el libro e ir a jugar, les respondió: “Déjenme, porque quiero estudiar y hacerme sacerdote”.

Sacerdote, pero ¿sacerdote para qué? Cuando a la edad de nueve años tuvo su primer sueño-visión, no se le dijo que sería sacerdote, pero se le indicó el campo en que trabajaría: “No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud”. Cuando a la mañana siguiente contó el sueño, escuchó de sus hermanos diversas interpretaciones; pero la mamá algo intuyó: “¡Quién sabe si un día serás sacerdote!” Sacerdote en medio de aquella multitud de chiquillos que jugaban, peleaban y blasfemaban.

Cuando más tarde Juan estaba en Castelnuovo cursando la escuela primaria, a menudo veía pasar al párroco y se le acercaba para saludarlo. El buen sacerdote devolvía el saludo con seriedad y cortesía, y continuaba su camino, sin decir jamás una palabra afable al muchacho. Juan se sentía mal; después se desahogaba con su mamá: “Si yo fuera sacerdote, haría muy diversamente: me acercaría a los niños, los llamaría a mi lado, les diría una buena palabra, les daría buenos consejos y me entregaría por completo a procurar su eterna salvación”.

Juan Bosco entró al Seminario en 1835. Una de sus primeras impresiones fue que los superiores no se acercaban a los alumnos, casi no se les veía; los seminaristas les tenían cierto temor. Recordando aquellos días, escribe Don Bosco en las Memorias del Oratorio: “Esto avivaba en mi corazón los deseos de ser cuanto antes sacerdote para meterme en medio de los jóvenes, estar con ellos y ayudarlos en todo”.

Ordenación sacerdotal

Don Bosco relata en las Memorias del Oratorio su ordenación sacerdotal y sus primeros pasos: “El día de mi ordenación (5 de junio de 1841) era vigilia de la Santísima Trinidad. Celebré la primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, aneja al Colegio Eclesiástico, del que era director de estudios don José Cafasso.”

“Me esperaban ansiosamente en mi pueblo, en donde hacía muchos años no se había celebrado primera misa alguna. Pero preferí celebrarla en Turín, sin ruido ni distracciones, y puedo decir que ese día fue el más hermoso de mi vida.”

“El lunes fui a celebrar a la iglesia de la Santísima Virgen de la Consolación (Consolata), para agradecer a la Virgen los innumerables favores que me había obtenido de su divino hijo Jesús. El martes fui a Chieri, y celebré la misa en Santo Domingo, en donde todavía vivía mi antiguo profesor el padre Giusiana, que me atendió con afecto paternal. Durante toda la misa estuvo el

buen profesor llorando de emoción. Pasé a su lado el día entero, que fue verdaderamente de cielo.”

“El jueves, solemnidad del Corpus Christi, contenté a mis paisanos. Canté la misa y presidí la procesión. El párroco invitó a comer a mis parientes, al clero y a los principales del lugar. Todos tomaron parte en aquella alegría, ya que yo era muy querido de mis paisanos, y cada uno de ellos se alegraba con cuanto pudiera constituir un bien para mí.”

“Por la noche volví finalmente a mi casa.”

“Pero cuando estuve próximo a ella y contemplé el lugar del sueño que tuve alrededor de los nueve años, no pude contener las lágrimas y exclamé: -¡Cuán maravillosos son los designios de la divina Providencia!”

Aquí, las Memorias Biográficas colocan un nuevo diálogo entre el recién ordenado sacerdote Juan Bosco y Mamá Margarita: “Por la tarde se encontró con su madre Margarita quien le dijo: “Ahora que eres sacerdote estás más cerca de Jesús: No he leído tus libros, pero recuerda de que empezar a decir misa es comenzar a sufrir. No te darás cuenta enseguida, pero poco a poco verás que tu madre te ha dicho la verdad. De ahora en adelante piensa solamente en la salvación de las almas y no te preocupes por mí.”

¿Y ahora?

Al terminar sus primeras experiencias sacerdotales en las vacaciones posteriores a su ordenación, nuevamente nos encontramos ante Juan Bosco que debe realizar una opción sobre el futuro de su vida. Se le ofrecen varias oportunidades de trabajo pastoral: preceptor en la casa de un señor de Génova (bien pagado), capellán en Morialdo, o Vicario en su parroquia de Castelnuovo.

Juan Bosco nos cuenta que "fui a Turín a aconsejarme con Don Cafasso quien, desde hacía varios años, era mi guía en lo espiritual y en lo temporal. Aquel santo sacerdote... sin dudar en lo más mínimo, me dijo estas palabras: Lo que usted necesita es estudiar moral y predicación. Renuncie por ahora a toda propuesta y véngase conmigo a la Residencia Eclesiástica" (MO [37]).

Con un gran deseo interior de concretar su sueño, sin embargo decide seguir este consejo, y marchó hacia Turín. Sería el lugar de su contacto con los jóvenes pobres y abandonados que producía la revolución industrial, con las cárceles... sería los años de discernimiento del camino para concretar su opción de vida... tiempos de estudio, “análisis de la realidad” diríamos hoy, y primeros pasos de respuestas pastorales ante la realidad.